

UN CANTO A LA ESPERANZA

Un Ser Quemado

Siempre me sentí atravesada por el dolor. La muerte era mi única amiga incondicional. Pero también ella me resultaba inalcanzable.

Hoy, con medio siglo de supervivencia, no tengo nada más que desolación inconmensurable y miedo a dar el paso final para unirme definitivamente con esa amiga.

Los seres quemados somos entidades sin esperanza, sin rumbo, sin posibilidades. Nos vamos enredando con nuestras decisiones y acciones en la telaraña de un final anunciado desde que abrimos los ojos al mundo. Somos los portavoces de la verdad de que la vida sólo es sufrimiento. Buscamos incansablemente una salida del laberinto en el que nos hemos materializado, sin poder encontrarla jamás. Ese es nuestro destino, nacidos para sufrir.

No somos capaces de adaptarnos al mundo de la normalidad de los seres humanos. Añoramos ideales inalcanzables, que son la trampa y la excusa para consumir nuestro sino.

Para los demás somos estúpidos; cómodos; irresponsables; incapaces; necios; inútiles; descartables. Pedazos de carne que no merecemos la vida, porque parecemos no honrarla. Y tal vez sea así. El sufrimiento se padece en la soledad individual. El que no sufre no logra entender al que transita por él. Desde la felicidad y el contentamiento es fácil juzgar de forma simplista al que se desangra en el dolor, sin la evidencia física de ese sangrado.

Sin un cadáver parece no haber muerte, sin embargo hay miles de seres que caminan muertos por dentro en el mundo de los vivos. Lo notable es que respiran, se ríen, hasta cantan y bailan a veces. La muerte puede bailar también.

Tenemos cuerpos tenaces, que gozan de buena salud; ni siquiera la enfermedad es en nosotros un logro.

No merecemos la vida, pero la tenemos. No merecemos el aire pero respiramos, no tenemos sangre, pero nuestro corazón late con fuerza, nunca claudica, el dolor no mata, alimenta.

Buscamos desesperadamente un final que siempre se transforma en un nuevo inicio.

El sufrimiento no tiene fin. Continúa, continúa, continúa...

Conocemos sin proponérselo la inexistencia de Dios; de la fe; la esperanza; la posibilidad.

Todo lo que hacemos termina en fracaso, en pérdida, en números rojos en la cuenta de la vida.

Conocemos el sin sentido de nuestra existencia, atados de pies y manos, por cuerdas que nadie ve, ni aún nosotros mismos.

Maniatados y en carne viva, nos vamos quemando poco a poco, ahogados por una agonía inagotable. Probamos todas las curas, todas las terapias, todas las creencias, para ir descubriendo paso a paso, caída tras caída, mutilación tras mutilación, que padecemos de un mal incurable: nacimos para sufrir.

Los seres quemados queremos pero no podemos; intentamos pero fracasamos; apostamos y perdemos; confiamos y somos traicionados; esperamos y somos olvidados; amamos y somos odiados; imploramos y somos condenados; cargamos una cruz que paso a paso se va haciendo más pesada pero que no termina nunca de aplastarnos.

Escribimos una historia que nadie leerá. Nuestros pies ensangrentados no dejan huella por donde caminan. Nadie nos ve.

Así nacimos y así moriremos.

El Principio que Anuncia el Fin

Mis padres fueron víctimas de la violencia, el autoritarismo y el amor destructivo, que sin haber otra cosa, se aprende como amor. Como los padres repiten con sus hijos y sus matrimonios lo que ellos vivieron con los suyos; aunque no conozco con detalles sus vidas familiares; sé que también sufrieron maltrato, abuso y dolor, y solo son supervivientes.

En esos escenarios uno se mantiene vivo con lo que puede y no con lo que quiere. Se convierte en victimario o víctima, aunque estos roles no pueden ser absolutos, sólo son defensas para soportar el dolor y no morir.

Nací en un núcleo donde la violencia era la ley. Desde que pude entender lo que ocurría a mi alrededor, mi alimento fue el miedo, el terror, los gritos y los golpes.

Mi padre golpeaba a mi madre, mi madre me golpeaba a mí y yo a una chica a la que nos hacían llamar hermana, pero que en realidad era una sirvienta.

Todas las noches se oían los gritos histéricos de mi madre que predecían la llegada de los golpes, a puerta cerrada y sin ruido. Pero al otro día aparecía la evidencia en los moretones y la hinchazón morada en su cuerpo y en su cara.

El silencio cómplice, era la regla. De lo ocurrido no se hablaba. Se ignoraba lo que el ojo veía.

El grupo que conformábamos no se podía llamar familia, era más bien un círculo depredador, en que cada miembro era víctima y victimario a la vez. La mejor forma de subsistir era por lógica unirse al más fuerte. Así que tanto mi hermana como yo, idolatrábamos a mi padre, justificando totalmente la forma que había encontrado para sobrevivir, porque mamá era tan “insoportable” que se merecía la reprimenda.

El odio era el sentimiento triunfante, mi padre odiaba a mi madre, mi hermana me odiaba a mí y yo odiaba a mi hermanastra. Todos teníamos un objeto que odiar y torturar para ser miembros aceptados del clan. Mi madre la víctima y victimaria más débil de esa parte de la historia, descargaba su odio en uno o en otro según las circunstancias, pero sobre todo sobre sí misma. Siempre estaba enferma, con lo que reafirmaba la teoría reinante de que ella era la culpable de toda la infelicidad.

Ese estilo de vida se nos hizo tan natural, que cuando veíamos los hogares pacíficos y armoniosos de nuestros amigos o compañeros de escuela los catalogábamos de hipócritas.

Así transcurrió niñez, adolescencia y parte de mi adultez.

El abuso se transformó en el ejemplo a imitar. Ambas hermanas nos convertimos en pequeñas desgraciadas réplicas. Mi hermana triunfó al poder convertirse en victimaria y yo al igual que mi madre no logré más que llegar a víctima. Mi hermanastra se fue a buscarse la vida por sí misma, harta de tantos golpes y maltrato. Pudo sobrevivir.

Mi madre después de toda una vida de entrar y salir de las clínicas psiquiátricas, curas de sueño, electroshocks e incontables medicamentos antidepresivos, al fin, se retiró de la escena a través de una enfermedad de Alzheimer. Murió después de ocho años de vivir como una planta, cuidadosamente cuidada por mi padre, que se dedicó de lleno a mantenerla viva.

Como era esperable, criadas en un ambiente de tanto odio incondicional, no es difícil adivinar el fracaso en las relaciones interpersonales de ambas hermanas. Yo acaté el consejo de mi padre, que ante una pelea con mi novio del momento, también abusador, con enojo me dijo que me dejara de perder el tiempo buscando el amor, que por experiencia sabía que no servía para nada y me dedicará a convertirme en profesional y que después, a los 40 años, viera de conseguir alguien si es que me hacía falta entonces. De más está decir que cumplí su mandato al pie de la letra. Así que descarté el amor de mi vida, me recibí de médica con una carrera casi brillante e inicié el camino de destruir mi destino como toda víctima debe hacer.

Mi hermana a pesar de renegar oralmente en contra del matrimonio y la maternidad, se casó, abandonando sus estudios de abogacía y tuvo dos hijos. Su matrimonio fue una réplica exacta al de mis padres. Ella fue la depredadora. Al marido lo humillaba sin piedad como hacía mi padre con mi madre, terminaron separándose y tuvo la suerte de quedar viuda y hacerse de la pensión y el seguro de vida del padre de sus hijos, a pesar de que no le dirigía la palabra desde hacía años, a no ser para insultarlo. La muerte súbita de su marido por un aparente aneurisma cerebral favoreció la maniobra.

Libre de culpa y necesidades recomenzó su carrera universitaria y se recibió de abogada cumpliendo el sueño dorado de papá. Se dedicó a ganar dinero y construir su coto de caza en la casa familiar. Logró lo que quería.

Mi padre unió su destino con la mujer de un antiguo amigo, también viuda, y se fue a vivir con ella.

Quedaron así constituidos los dos cuarteles generales desde los que se comandaba una guerra sin fin.

Yo no estaba bien entrenada para esa guerra. No era ni buen soldado ni buen guerrero. Mi agresividad era la del rehén, que con los ojos vendados por el terror, repartía golpes desesperadamente, desconfiando de todo y de todos, viendo enemigos donde no los había y cuidando con celo a los que realmente lo eran.

El pacto de silencio que siempre tuvimos, jamás se rompió. Me dediqué con tal precisión a crear una historia fantástica y aceptable acerca de mi familia, que me la creí, y me metí voluntariamente en la boca del lobo, para ser el objetivo del odio familiar.

Como presa que era, siempre estaba en estado de terror, oliendo en el aire el peligro y huyendo enloquecida y sin plan a cualquier lado con tal de salvar el pellejo. Error tras error, desperdicié oportunidades, masacré otras, y con tenaz precisión, en mi huida, siempre volvía al punto de partida.

Así, destruí mi carrera, mis relaciones, mis posibilidades y lo poco que tenía; para quedarme sin nada y sin nadie que pudiera ayudarme.

Soy un ser quemado.

La Noble Verdad del Sufrimiento

Como dice mi padre cuando se sale de quicio, no sirvo para nada. Pero sí les puedo contar lo que es el sufrimiento. Para sufrir sirvo.

Cultivo el ridículo lema de que el sufrir te hace más humano. Eso no es verdad. Pero el sufrimiento sí es verdad.

No sé bien qué es ser humano. Hasta el momento me estoy quedando solo con la definición anatómica, que es ostensible a los ojos de todo el mundo. Aunque eso es más bien un humano, para mí ser humano es otra cosa.

Como ser quemado que soy, mi definición de ser humano radica en el amor. Tal vez porque nunca lo tuve y sentí. No sé lo que es amar. El amor para mí es solo una idea. No sé si es compasión, pasión o benevolencia. Tal vez ayudar a otros sea amor. O tal vez ayudarse a uno mismo lo sea. No sé.

Yo sé muy bien lo que es sufrir, y como necesito de algún modo justificar mi existencia, declamo estúpidamente que el sufrimiento es lo que te hace ser humano.

Es una obviedad que semejante declaración no puede causar más que desprecio. Yo lo comprendo muy bien, porque toda mi vida no he hecho otra cosa que huir de él. Pero como soy un ser quemado nunca lo he logrado. Sufrimiento es lo único que tengo en esta vida, mi potestad, mi tesoro y herencia.

He recorrido todos sus caminos. Lo conozco corporal, emocional y mentalmente. Lo conozco intelectualmente y en la profundidad de las entrañas en las que ni siquiera un aullido animal lo puede liberar.

Cada fibra de mi ser quemado es sufrimiento. Eso implica que no hay espacio en el mundo, que en gran parte he recorrido, que esté libre de él.

El sufrimiento no deja espacio para otra cosa, copa todo. A veces se esconde y uno se engaña con la esperanza o la fe, pero no es más que un juego a las escondidas y siempre es él quien gana. Cuando emerge triunfal e intocado va haciendo caer uno a uno dioses, religiones, creencias, terapias, planes, proyectos, gurús, maestros, milagros, curas, promesas, juramentos, votos y todo cuanto encuentra en su camino.

El sufrimiento se siente despierto y dormido. Se sueña con sufrimiento y se sufre al soñar. Se despierta sufriendo y se va a dormir con sufrimiento. Se come con sufrimiento y se sufre cuando se ayuna. Se respira con dolor y con dolor se retiene el aire. Duelen las lágrimas y duele la risa. Duele el cuerpo y duele el alma, y hasta el vacío duele con el sufrimiento.

El sufrimiento es angustia, amargura, congoja, ahogo, desconsuelo, ansiedad, pesadumbre, consternación, desolación, desengaño, ansia, molestia, disgusto, desazón, insatisfacción, abatimiento, añoranza, melancolía, nostalgia, tormento, tortura, martirio, agonía, flagelo, carga, impaciencia, enfermedad.

Y es también conformidad, satisfacción y placer, porque se empieza a sufrir por adelantado por el temor de perder esos estados.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

